

DOCUMENTOS

A LA ESPAÑA DEL EXILIO

Por Albert CAMUS

Las últimas veces en que me he encontrado entre vosotros, por invitación de "Amitiés Méditerranéennes" y de organizaciones españolas, me he sentido francamente más a gusto. Tratábase de rendir homenaje a hombres a los cuales amábamos y respetábamos, y yo estaba encargado de decirles una parte de nuestro sentimiento común. Pude hablar entonces según mi corazón me dictaba y sin la turbación que experimento hoy.

A decir verdad, es un poco la misma turbación que comencé a experimentar en el mes de octubre. No he buscado nunca los honores; los he rehusado siempre que he podido, no ya por virtud, sino a causa de mis propios defectos. Y luego, sobre este punto, mi indiferencia se junta con la convicción. En verdad, yo sé por qué. Sencillamente, mis razones carecen de interés por esta noche; y sólo quisiera confesaros de antemano esta turbación mía, para hacerme perdonar mis reticencias ocasionales y para excusar por adelantado mi torpeza en la manera de mostraros mi gratitud.

Aunque yo haya decidido hacer ahora un retiro bastante largo, he querido, sin embargo, aceptar vuestra invitación. Primero, porque hay entre vosotros hombres de mi sangre a quienes nunca he podido negarles nada; después, porque yo sabía lo muy cordialmente que estos hombres me acogían; y, en fin, porque estos hombres, y es esto lo que quería decirlos esta noche, son los que me han sostenido en los momentos de desaliento de un oficio frecuentemente difícil.

Sí, este oficio es difícil. Yo quisiera hablaros de él libremente, y ello me será fácil. En la etapa de mi experiencia en que me encuentro, no tengo nada que preservar; ni partido, ni iglesia, ni ninguno de los conformismos de que nuestra sociedad muere; nada más que la verdad en la medida que yo la conozco. He leído en estos tiempos que yo era un solitario. Sí, si con ello se quiere decir que no dependo de nadie. No, puesto que lo soy al mismo tiempo que millones de hombres que son hermanos nuestros y con los cuales camino. Solitario o no, trato en todo caso de hacer mi oficio y lo encuentro a veces duro, sobre todo en una tan horrible sociedad intelectual como es la nuestra, en donde el reflejo ha reemplazado a la reflexión; en donde sectas enteras tienen a honor la deslealtad y en donde la maldad trata con demasiada frecuencia de hacerse pasar por inteligencia.

Si el escritor se atiene a leer y a escuchar lo que se dice, no sabrá a qué santo consagrarse. Una cierta derecha le reprochará el firmar demasiados manifiestos; la izquierda (la nueva al menos, y yo soy de la vieja), le reprochará no firmar bastantes. La misma derecha le reprochará ser un humanitario; la izquierda, un aristócrata. La derecha le acusará de escribir demasiado mal; la izquierda, de demasiado bien. Continué siendo un artista o teneis vergüenza de

serlo, hablad o callaos, y, de todas maneras, seréis condenados. No queda otro recurso sino fiarse de la propia estrella y continuar obstinadamente el ciego y vacilante andar que es el de todo artista, y que le justifica después de todo bajo la única condición de que se haga una idea justa a la vez de la grandeza de su oficio y de su dolencia personal.

Esto viene frecuentemente a descontentar a todo el mundo, y hay que resignarse. Sin embargo, aunque yo sienta cruelmente la quiebra de esta sociedad, no me separo de ella y me incluyo también en la acusación. Pero, al menos, no quiero añadir nada a sus flaquezas. No soy de esos cristianos que corren a incendiar la iglesia por la sola satisfacción de haber hecho ese bello trabajo antes que los materialistas. No soy de esos amantes de la libertad que quieren adornarla con redobladas cadenas, ni de esos servidores de la justicia que piensan que no se sirve bien a ésta más que consagrandole a varias generaciones a la injusticia. Vivo como puedo, en un país desgraciado, rico de su pueblo y de su juventud, pobre (provisionalmente) en sus "élites", lanzado a la búsqueda de un orden y de un renacimiento en el cual creo. Mas si vivo en este país que amo pese a sus desgracias, y en esta sociedad que no amo a pesar de sus prestigios, sí creo a la vez inevitable y justo sufrir el mal común; no es que yo no imagine otra clase de vida, no es que me baste este fantasma de libertad que sobrevive entre nosotros, rodeado de amos de servidumbre. Sin libertad verdadera y sin un cierto honor, yo no puedo vivir. Y habiéndolo reconocido una vez, habiendo juzgado que estos bienes están por encima de todo, me ha parecido que debían estar asegurados para todos y que, esperando que su reinado llegue, había que luchar sin tregua para testimoniar en su favor en la medida de nuestras fuerzas.

He aquí la idea que me hago de mi oficio. Yo no sé si he dado demasiadas o insuficientes firmas; si soy gran señor o demócrata. Pero sé que he tratado de respetar mi oficio, a falta de poder ingenuamente estimarme a mí mismo. He tratado particularmente de respetar las palabras que yo escribía, pues a través de ellas respetaba a quienes podían leerlas y a los cuales no quería engañar. He tenido que hacerlo en luchas frecuentemente agotadoras y que, francamente hablando, me han costado y me cuestan mucho todavía. Estas luchas, sin embargo, son inevitables; las he aceptado y las aceptaré. Pero sé que ellas amenazaban desecarme, hacerme conocer amarguras para las cuales no estoy hecho. Amenazaban, en una palabra, hacerme avaro y quitarme esa gran fuerza de alegría y de vida sin la cual un artista no es nada.

Si he escapado finalmente a ese peligro —y aquí es adonde yo quería venir—, es a la amistad, es a algunos de entre vos-

otros a quienes lo debo. Por consiguiente, les debo casi todo. Son hombres de todos los partidos y de todas las patrias. Son mis amigos de Francia, que saben que no puedo hablar públicamente de ellos. Son, como esta noche, mis amigos de Israel, de la ejemplar Israel que se quiere destruir con el achaque del anticolonialismo, pero cuyo derecho a vivir debemos defender nosotros; nosotros que hemos sido testigos de las matanzas de millones de judíos y que encontramos justo y bueno que los supervivientes creen la patria que nosotros no hemos sabido darles o conservarles. Son también mis amigos de América del Sur, y particularmente los de Colombia, libre al fin gracias a la incansable acción de unos cuantos hombres que están entre nosotros esta noche, y a quienes todos les tenemos el mismo respeto y la misma afección.

Pero me permitiréis, seguro estoy de ello, simbolizar esta amistad, por una noche, en la España del exilio. Amigos españoles: somos en parte de la misma sangre y yo tengo para con vuestra patria, para con su literatura y con su pueblo, para con su tradición, una deuda que no se extinguirá. Pero, además, tengo para con vosotros, cuyas desgracias y miserias no han cesado, otra deuda que no conocéis y que no podéis conocer. En la vida de un escritor de combate hacen falta manantiales alentadores de la lucha contra el ensombrecimiento de que he hablado y contra la desecación que se encuentra en la lucha. Vosotros habéis sido y sois para mí uno de esos manantiales, y siempre he encontrado en mi camino vuestra amistad activa y generosa. La España del exilio me ha mostrado frecuentemente una desproporcionada gratitud. Los exiliados españoles se han batido durante años y luego han aceptado altivamente el dolor interminable del exilio. Yo no he hecho sino escribir que tenían razón. Y solamente por eso, he recibido desde hace años, y todavía esta noche en las miradas que encuentro, la fiel, la leal amistad española que me ha ayudado a vivir. Esa amistad, aunque sea innecesaria, es el orgullo de mi vida. Ella es, a decir verdad, la sola recompensa que puedo desear. Y yo quisiera agradecerlos, a vosotros y a otros muchos a la vez, que así hayais durante tan largo tiempo alimentado en mí un hambre que los hombres no confiesan fácilmente y que no tengo necesidad de nombrar esta noche.

Quiero solamente decirlos a todos que procuraré no desmerecer esta amistad. No os dejo, sigo siéndoles fiel. Esa clase de reputación que acaba de ser unida a mi nombre por la Academia libre de un país libre, me será más fácil de aceptar sabiendo que puedo ponerla a vuestro servicio. No tengo la costumbre, bien lo sabéis, de anunciar próximas victorias y días de fiesta. Vosotros y yo sabemos que nuestras luchas son interminables. Pero ellas son la trama misma de nuestra vida, nuestra vida misma. Lo esencial —¿no es así?— es que las vivamos juntos, lealmente, calurosamente, con esta misma cordialidad que yo siento ahora mostrándoos mi emoción una última vez y diciándoos la gratitud de este vuestro fiel amigo.

[Tomado de *El Socialista*, Tolosa, Francia]